

ARTÍCULO SUELTO

UN BREVE EXAMEN FILOSÓFICO DE LA TRILOGÍA LITERARIA
DE PHILIP PULLMAN: *LA MATERIA OSCURA*

Guillermo Lariguet

e-mail: gclariguet@gmail.com

Resumen

En este artículo focalizo en términos filosóficos en la trilogía literaria de Philip Pullman la materia oscura. Expongo las principales influencias filosóficas que la obra ha recibido. También recuerdo las críticas católicas radicales que la obra recibió. Enseguida, expongo cuál es el principal contenido narrativo de la obra. Finalmente, concluyo con un análisis de la obra a la luz de sus implicaciones filosóficas en temas religiosos.

Palabras clave: Materia oscura, pecado, religión, Dios.

Abstract

In this article I will make a philosophical approach on the literary trilogy of Philip Pullman: "His dark materials". I expose the main philosophical influences that this work has received. I also remember the radical Catholic criticism the work received. Next, I will discuss the main narrative content of the work. Finally, I conclude with a discussion of the work in the light of its philosophical implications on religious themes.

Key words: Dark matter, sin, religion, God.

Zusammenfassung

In diesem Artikel konzentriere ich mich aus einer philosophischen Perspektive auf Philip Pullmans literarische Trilogie *Die dunkle Materie*. Ich präsentiere die wichtigsten philosophischen Einflüsse, die das Werk erfahren hat, und erinnere auch an die radikale katholische Kritik, die das Werk erhalten hat. Als nächstes werde ich den wesentlichen narrativen Inhalt der Arbeit erläutern. Abschließend analysiere ich das Werk im Lichte der philosophischen Implikationen von religiösen Fragen.

Stichworte: Dunkle Materie, Sünde, Religion, Gott.

Original recibido: noviembre de 2017

aceptado: diciembre de 2017

Guillermo Lariguét, es Doctor en Derecho y Ciencias Sociales (mención en Filosofía del Derecho) por la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). Investigador Independiente del Conicet. Premio Konex al mérito en Ética. Miembro del Programa de Ética y Teoría Política de la Universidad Nacional de Córdoba. Vice-Director del Centro de Investigaciones Jurídicas y Sociales: unidad ejecutora de doble dependencia (CONICET-UNC).

Un hombre cae al vacío desde el piso treinta. Cayendo, grita:

-¡San Antonio! ¡San Antonio! ¡Sálvame!

Una poderosa mano aparece de entre las nubes y lo agarra.

-¡Oh, gracias, San Antonio! –grita el hombre

-¿San Antonio de dónde?-pregunta una voz invisible.

-¡San Antonio de Padua!

-Ah, no. No soy yo –dice la voz.

La mano se abre y el hombre se estrella contra el suelo.

(El círculo de los mentirosos. Cuentos filosóficos del mundo entero.

Jean- Claude Carriere, p. 137.)

“Las religiones, como las luciérnagas,
necesitan de la oscuridad para brillar”.

Arthur Schopenhauer.

1. Introducción: esa cosa llamada la “materia oscura”

De un modo amplio se podría decir que para la astrofísica lo que se denomina “materia oscura” designa a la hipotética materia que no irradia suficiente energía electromagnética como para ser captada de forma visible por los instrumentos técnicos hasta ahora disponibles. Sin embargo, *su presencia* podría ser *deducida* confiablemente por la observación de los efectos gravitacionales que causa en la *materia visible* compuesta por estrellas, planetas, etc.

La “materia oscura” que da título a parte de mi trabajo, en cambio, es una metáfora de amplio espectro. En principio se podría pensar que hay una curiosa analogía entre la idea de que Dios existe y la noción física de materia oscura. Como ente invisible la presencia de Dios sólo podría ser en principio “deducida” de ciertos hechos, por ejemplo de la experiencia del mundo como decía Copleston, o bien, por caso, de adivinar un diseño tan inteligente a nivel cósmico que no cabe otra inferencia que no sea la de concluir en la existencia de Dios. En acople con este sentido de oscuridad, se encuentra otro que se podría

asociar, *toto genere*, con la letanía general de que los caminos del Señor son “misteriosos”. ¿Por qué, por ejemplo, obra milagros con algunos y no con otros? A muchos de nosotros simplemente la alegación intermitente de milagros nos parece un ejemplo de saltos caprichosos o arbitrarios que no obedecen a ningún criterio moral objetivo y menos aún a un criterio en armonía con las leyes físicas. Los milagros presuponen que el creador no está sometido a las leyes de la naturaleza que él mismo presuntamente ha creado, con lo cual, sería un caso más de soberano no sometido a sus propias leyes. Más aún: nos provoca gracia que si no es la mano de San Antonio de Padua la que nos agarra en plena caída, entonces nuestro destino de muerte está sellado. Nos parece un poco extraño que una simple división de nombres (de Padua o de Tormo, como parece el caso) nos deje morir, teniendo en su poder salvarnos, más allá de la equivocidad desafortunada de los nombres. Pero, se replicará de nuevo: los caminos del Altísimo son misteriosos.

Ahora pues, en este trabajo la metáfora tiene un sentido todavía más específico, terrestre, pero no por ello menos inquietante. En el presente ensayo la materia oscura refiere a un manto negro generado por *cierta clase de* catolicismo o, si se prefiere un término más abarcativo, de cristianismo. Un tipo de cristianismo dado por ciertas formas de interpretarlo, llevarlo adelante en la marcha de vida de la gente religiosa que lo profesa –o dice profesarlo- y en la presencia y acción de parte considerable de la iglesia católica a lo largo de la historia y a lo ancho de distintas sociedades. La oscuridad, en general, es una metáfora recurrente en la literatura, el cine, la pintura y la filosofía que pone de manifiesto corrupción, maldad, temor, crueldad, ignorancia. Es usual oponer esta oscuridad –no física- a la luz; luz emparejada con la transparencia, la bondad, la alegría, la compasión, la sabiduría, etc. Así, en general, la oscuridad no es un atributo con connotaciones positivas, salvo, quizás, y hasta donde sé, las que Junichiro Tanizaki le reconoce en el *Elogio de la sombra*, cuando destaca la belleza y placidez que se aprecian en la oscuridad de una habitación japonesa o en un cuenco oscuro que contiene miso.

En este trabajo me propongo describir este tipo de materia oscura y, como se trata de una metáfora de algo real y palpable, pero metáfora al fin, quiero emplear como base para mis reflexiones filosóficas una obra literaria, más precisamente una trilogía conocida como “la materia oscura”, escrita por el multi-premiado¹ y

prestigioso escritor británico Philip Pullman. Hablo en esta ocasión de “reflexión” en el sentido más deliberado de considerar detenidamente algo.

Sostendré que, más allá de cuáles hayan sido o no las intenciones subyacentes de Pullman, existen *segmentos relevantes de su obra* que se pueden vincular -en forma pertinente- con tesis filosóficas de autores hondamente preocupados por el papel de la religión en el mundo, en particular la cristiana. En tal sentido, señalaré que la obra de Pullman se esclarece en sede filosófica si se la vincula con ideas vertidas, en primer lugar por el filósofo británico Bertrand Russell en *Por qué no soy cristiano*² y, en segundo lugar, por el filósofo naturalista Daniel Dennett en *Romper el hechizo. La religión como fenómeno natural*.³ A su vez, el tipo de universidad y magisterio católicos que Pullman somete a mordaz escrutinio literario es el tipo de Universidad que defiende Alasdair MacIntyre en *God, Philosophies, Universities*.

Para que el trabajo pueda rendir frutos, voy a delinear la *estructura que tendrá este trabajo*. En la primera parte (sección 2), voy a *presentar* un cuadro con algunas de las influencias y rasgos de la obra de Pullman. A continuación (sección 3) voy a *sintetizar* algunos de los principales aspectos de la trama y de los personajes, revelando algunos de sus hitos narrativos importantes. En la sección 4 *concluiré* con algunas de las *líneas filosóficas principales* que se desprenden de la obra analizada. Esto permitirá un cierre adecuado de mi trabajo, sellando un tipo de relación existente en la propia narrativa del autor, y ciertos componentes filosóficos de la misma.

2. Pullman y un contexto literario vinculado a una preocupación por la religión

Como he señalado, en este artículo me ocuparé de excavar en algunos –¡sólo en algunos!- de los problemas filosóficos que, a mi juicio, ofrece la trilogía de Pullman: la materia oscura. El trabajo filosófico no pone en un lugar de pasividad al escritor. Defiendo la convicción de que el literato, en este caso Philip Pullman, nos brinda un rico escenario donde se nos allana el trabajo de la imaginación y la reflexión filosófica pues los temas, y los problemas, tienen carnadura en situaciones y en personajes verosímiles propuestos por el autor. En este sentido, la literatura no nos pide, necesariamente, alejarnos de la sensibilidad por

problemas que podemos reconocer de forma inmediata o mediata en nuestras doctrinas y prácticas.

La materia oscura es una trilogía compuesta por tres libros.⁴ *Luces del norte* (llevada al cine bajo el nombre de la *Brújula Dorada*⁵), *La Daga* y *El Catalejo Lacado*. Pullman ha escrito algunos relatos cortos, a posteriori, ampliando por ejemplo la historia de su personaje central Lyra y también ha prometido un libro sobre el misterioso “polvo” que sobrevuela casi toda la trilogía. Además, Pullman ha explorado parte de su pensamiento religioso en la obra *El Buen Jesús y Cristo el Malvado*. Aquí dejaré a un lado, tanto los relatos posteriores concretados, como los prometidos y su obra sobre el juego duplicado de Jesús-Cristo para centrarme de manera prominente en la ya mencionada trilogía y lograr así una reflexión concentrada.

La trilogía de Pullman, a la cual deberíamos añadir también el film que se hizo, que intentó plasmar la primera parte (*Luces del norte*) con el nombre *La brújula dorada*, despertó en varios grupos de católicos reacciones airadas. En particular, la liga católica norteamericana tuvo un papel de presión incesante en diferentes niveles. A tal punto esto es así que la película no tuvo continuidad al menos en otros dos filmes que recogieran los tomos dos y tres de la trilogía. En parte esto puede sonar extraño con una obra de fantasía tan esplendorosa. Simplemente, contrastemos la trilogía de Pullman con otras que sí tuvieron una seguidilla continuada en el cine: por ejemplo el *Señor de los Anillos* de Tolkien u obras más extensas, pensemos en los 7 libros de Lewis sobre *Las crónicas de Narnia; crónicas que* tuvieron una continuidad que no se pudo sostener con la obra de Pullman. Un actor de la película, inclusive, declaró que esto obedecía al éxito de la tremenda presión de los católicos. Presión que también hemos podido reconocer en innumerables eventos artísticos; por caso, recordemos el film *La última tentación de Cristo* o alguna muestra de pintura de León Ferrari donde había un cuadro con un avión de guerra que llevaba a Cristo recostado en el mismo. Dicho evento fue boicoteado por católicos lefevristas; boicot que estos últimos ejercieron, recientemente, con un encuentro ecuménico entre católicos y judíos que pretendía hacerse en una conocida iglesia de Buenos Aires.

Los católicos que reaccionaron de modo insistente y sin tregua sobre la obra de Pullman, recomendaron fuertemente a los de su grey y al público en general que no fueran desprevenidos con sus hijos al cine o les permitieran leer la obra,

pues el contenido de la misma era clara y fuertemente ateo. Esto explicaría, por hipótesis, porqué no tuvieron el mismo destino obras como las de Tolkien o Lewis, reconocidos y fervorosos cristianos, católico uno, protestante el otro, que plantean mitos literarios que simbolizan buena parte del credo católico.⁶

A diferencia de estos autores, Pullman es un autor que ha confesado su ateísmo y que, además, ha criticado a Tolkien y Lewis, a quienes considera, en forma errónea o no, propagadores de obras llenas de odio, intolerancia y guerra, misoginia y quizás temor por la dimensión sexual del hombre. Para Pullman, bastaría ver por ejemplo *El señor de los anillos*, para advertir que la sexualidad aparece sublimada fuertemente (por ejemplo en la relación entre Arwen y Aragorn).

Las confesiones sobre ateísmo de Pullman podrían hacer pensar apresuradamente que la trilogía es muestra de alguna variante de *ateísmo militante*, lo cual explicaría –más no justificaría– la reacción y presión de los católicos en torno a la censura de la lectura de la obra y a su continuidad cinematográfica.

Sin embargo, una mirada más detenida por su obra podría llevar a una impresión opuesta: más bien a la idea de que la obra de Pullman, a través de su crítica sin concesiones al catolicismo u otras formas próximas de cristianismo, permitiría reformularlo y volverlo una religión más sana y razonable.⁷

Pullman ha reconocido expresamente que su obra ha sido poderosamente influida por los escritores John Milton y su *Paraíso perdido* y por la obra de William Blake. En el ámbito de la elaboración filosófica, ha admitido semejanzas con los planteos naturalistas de Daniel Dennett (a los que habré de referirme más adelante) y con la obra de Dawkins *El espejismo de Dios*, así como con trabajos como los del escritor británico Hitchens y escritos tales como *Dios no es bueno*.

La obra de Pullman subraya en forma vigorosa cómo muchos creyentes se hacen católicos o cristianos por emociones como el miedo (al castigo, al infierno, al pecado), el dolor físico o psicológico, etc.

El miedo, además, es robustecido por la defensa y mantenimiento de la ignorancia, en el sentido de una franca resistencia a las evidencias racionales y científicas que se puedan esgrimir en contra de la religión en general, y de sus dogmas en particular. También muestra la dimensión política histórica real de la

iglesia y su corrupción; la corrupción de las *iglesias positivas* que criticaba Kant en *La religión dentro de los límites de la mera razón*.⁸

Habiendo pintado un marco básico sobre las influencias reconocidas por Pullman en su trilogía, a continuación será preciso resumir algunos de los principales contenidos y personajes de la obra *la materia oscura*, a fin de poder, en la sección 4, concluir con algunas de las conexiones que se podrían establecer entre esta obra y ciertas reflexiones filosóficas.

3. La obra de Pullman: una síntesis de su trama y personajes principales

La obra de Pullman está repleta de referencias filosóficas, teológicas y de física cuántica. Con este entramado de referencias construye una historia muy compleja, dividida en tres libros (*Luces del norte*, *La Daga* y *el Catalejo Lacado*) donde diferentes personajes tienen que enfrentar incógnitas científicas y metafísicas. Todo comienza en un Oxford, a medio camino entre la realidad y la imaginación, en el que la universidad y la sociedad en su conjunto están gobernadas por distintos órganos del Magisterio (un equivalente a la Iglesia Católica); órganos que dependen de algo así como el papado que funciona en Ginebra. En ese mundo, sobresale el personaje central del libro, una niña de unos 10 años llamada Lyra.⁹ Ella, al igual que todos los personajes de ese mundo al que pertenece, están acompañados de *daimonions*, seres encarnados por lo general en animales que, a diferencia de griegos como Sócrates, no están “alojados” en la consciencia interior de las personas sino que dicha consciencia se termina de completar con estos seres externos a las personas.

El padre de Lyra es otro personaje importante. Se trata de Lord Asriel, un aristócrata dedicado a la teología y a la ciencia (en ese mundo ambas disciplinas forman un todo unitario) que ha realizado una serie de observaciones con instrumentos técnicos que le han permitido fotografiar un misterioso “polvo”, unas partículas invisibles para el ojo humano; polvo que en el libro recibirá el nombre de “materia oscura”. De manera sorprendente, Asriel, y también miembros del Magisterio, descubren que el mismo no toca a los niños sino a los adultos. El Magisterio conjetura que ese polvo no es una entidad física a secas sino una manifestación del pecado original que, curiosamente, no toca a los niños sino a los adultos.

En *Luces del Norte* comienzan a darse muchas situaciones intrigantes, en medio de los cuales el Rector de la Universidad de Oxford le da a Lyra un raro instrumento llamado el “aletiómetro” (la alusión a la búsqueda de la verdad es evidente en el empleo de este término). Con el aletiómetro, Lyra descubrirá un inusitado talento natural para leerlo y vaticinar qué ocurrirá en el futuro; al parecer, dicho instrumento, tal como se advierte más adelante en *La Daga* y *El Catalejo Lacado*, funciona gracias a la acción del misterioso “polvo”.

Como quiera que sea, la sospecha del Magisterio de que el polvo está asociado al pecado, lleva a comisionar a la Señora Coulter (otro personaje central) para que investigue la raíz del polvo y tome las medidas necesarias para conjurar su peligro. Ella resulta, luego, ser la madre de Lyra y, en principio, una enconada enemiga de Asriel. Coulter funda un tenebroso organismo científico llamado la Junta de Oblación. Esta junta, se descubrirá más adelante, secuestra a los niños y contra su voluntad, o engañados, los lleva a un lugar lejano de Siberia para operar una “escisión” entre ellos y sus daimonions. Este organismo de la iglesia piensa que así puede eliminar para siempre el pecado de las vidas de estos niños.

La historia se vuelve una trepidante sucesión de hechos complejos envueltos en una niebla de suspenso. Hasta el final de la obra prácticamente, el lector no tiene una cabal idea de qué sea el polvo o la materia oscura. Pero lo que sí se va asomando es una lucha entre los defensores de la libertad para la investigación científica y, por la otra, el oscurantismo de la iglesia en materia científica, así como su crueldad, en particular con los niños y su obsesión por borrar el pecado.

A medida que la obra avanza, elementos de la teoría cuántica de la física se van colando, en especial los referidos a la idea de “multiversos” paralelos. Asriel, como otros personajes del libro, descubren que hay “puertas” entre estos mundos que es posible descubrir, una vez que se aprende a manipular el polvo. Pero Asriel quiere ir más lejos aún.

Él está convencido de que el Magisterio ha ejercido una función siniestra: alimentando la crueldad, la ignorancia, el terror, la obsesión por el pecado y la muerte. Este aristócrata cree que la solución de todo este descalabro moral pasa por matar a la Autoridad (así se lo llama a Dios). Para esto, Asriel forma un formidable ejército que incluye brujas (en su mundo ellas existen), una raza de

otro mundo descubierto por Asriel llamado los “gallivespianos”, seres diminutos, y también ángeles que se han rebelado contra la tiranía de la Autoridad.

A paso que la obra se adelanta en forma tensa y vibrante descubrimos que la Autoridad no es solo un tirano sino un mentiroso: ha generado la falsa imagen de ser el Creador del Mundo. Pero el mundo ha sido creado, en realidad, por el avance mismo del polvo original: a medida que éste se fue volviendo “auto consciente”¹⁰, fueron surgiendo seres con “intencionalidad”, como Dios y los demás seres de los diversos mundos.

Pero, además, Dios ya es un anciano decrepito¹¹ que no gobierna hace miles de años. En su lugar, el ángel Metatrón, o Enoch en los evangelios gnósticos, es quien con mano férrea y despótica gobierna el mundo. El mundo de la Autoridad y de su regente Metatrón (que, para mayores males es un ser lujurioso), está en peligro si se permite que Lyra triunfe. Una antigua profecía determina que la niña es la nueva “hija de Eva” y que ella será la que determine dónde caerá el fiel de la balanza de esta lucha entre la Autoridad y los rebeldes. Estos últimos, bajo la guía de Asriel, quieren crear una “república libre del Cielo” sin obispos y papas, sin magisterios y sin crueldad y tiranía, sin terror e ignorancia.

Como Lyra es el ser que determinará el resultado de esta conflagración, ella es perseguida por la Iglesia y por el bando opuesto. La iglesia, o sea el Magisterio, comisiona al padre Gómez para que mate a Lyra antes de que “entre al mundo del pecado”. A este sacerdote se le concede una gracia llamada “absolución preventiva”: es perdonado por un pecado que aun no va a cometer y que consiste en matar a Lyra antes de que ella se sumerja en el pecado tan temido que, al final, no es otro que el amor mutuo que ella y su amigo Will, descubrirán. Aquí es donde precisamente debo mencionar a Will, un personaje también descollante que pertenece a otro Oxford distinto que el de Lyra, uno más parecido al que reconocemos como próximo a nuestro mundo actual.

Will descubrirá un extraño instrumento, inventado hace siglos por un grupo de “filósofos”, llamado la daga: un raro cuchillo que tiene el poder de abrir y cerrar pasajes a otros mundos y que, se sostiene, podría incluso matar a la Autoridad misma.

Lyra y Will serán ayudados por una legión de seres extraordinarios: desde la bruja Serafina Pekkala, el oso acorazado lorek Byrnison, el viajero Lee Scoresby, los giptanos Farden Coram y Lord Faa, y la doctora Malone, una científica (ex

monja) que investiga “sin prejuicios” la naturaleza de las “sombras”, otro nombre para el polvo.¹²

El desenlace del libro es impresionante. La Autoridad, un viejito decrepito, es trasladado en una urna de cristal por un grupo de ángeles que buscan sacarlo de la *Montaña Nublada*, su viejo palacio, antes que los rebeldes tomen el poder definitivo. En cierto momento de esta travesía, hecha para “salvar a Dios” del avance aparentemente victorioso de los rebeldes, un grupo de seres malévolos como los “espectros de los acantilados”, dan cuenta de la carne divina de la Autoridad, el cual muere, deshaciéndose con el viento, ante la mirada atónica de Lyra y Will, que llegan tarde a la tremenda escena.

Mientras tanto, Metatrón, atraído por la sensualidad de la Señora Coulter, cae a una trampa ideada por ella y Asriel para matarlo y salvar así a Lyra.

4. Líneas filosóficas que se desprenden de la obra descripta

Como he sostenido antes, la obra de Pullman ha sido asociada con una obra atea. Empero, una lectura atenta de la obra me parece que debería obligar a una matización del juicio.

Es verdad que el autor es confeso ateo y es también verdad que el libro propulsa una vigorosa crítica a la iglesia, sin embargo, habría que señalar dos cosas. La primera es que, incluso si es verdad que la obra compromete alguna conclusión atea, de allí no se sigue que la obra sea *inmoral*.¹³ La segunda es que, quizás, rodeando con cuidado la obra, se vea en ella un clamor por la absorción de virtudes en los creyentes y autoridades eclesiásticas que no le parece usual al escritor encontrar: compasión, curiosidad científica, eliminación del prejuicio infundado, alegría, sensibilidad, no obsesión malsana por los goces de la vida, entre los cuales se incluye la sexualidad, etc.

¿Cuáles son las líneas filosóficas maestras que uno podría desprender del texto, inclusive más allá de las intenciones conocidas del autor?

La cuestión principal, me parece, apunta a una denuncia de los daños que la iglesia y sus fieles, en la obra estudiada de Pullman, imbuidos de un espíritu de mojigatería y crueldad, juegan entre ellos y entre ellos y el resto de no creyentes. Aquí es donde emerge de la obra la idea de que las doctrinas dominantes de la

iglesia de Pullman, junto a las prácticas y rituales de vivencia e interpretación de dichas doctrinas, ha producido una buena cantidad de daños.¹⁴

Un daño tremendo narrado en la obra de Pullman es el de la escisión de los niños y sus daimonions. A posteriori, esta cirugía “espiritual” también es aplicada a seres adultos los cuales se transforman, como en la obra se desliza, en “zombies”. El término “zombie”, como sabemos, fue sobre todo impulsado por David Chalmers como parte de un experimento mental diseñado en contra del fisicalismo: los zombis de Chalmers se parecen a “nosotros” en casi todos los aspectos a excepción de uno enigmático para algunos filósofos de la mente: la naturaleza de la auto-consciencia o de los *qualia*. En el extenso relato de Pullman, la Señora Coulter se vale de estos zombis para procurar sus propósitos magisteriales pues son seres fáciles de manipular y que obedecen ciegamente. No es casual a este punto que la obra destaque el castigo de Adán y Eva se produce cuando estos seres adquieren *autoconsciencia* y por tanto *intencionalidad*.

En efecto, el énfasis puesto en la autoconsciencia como una especie de rasgo “angélico” superior es uno de los puntos más altos y fascinantes de la obra. Si es verdad, que el significado de nuestras acciones depende en última instancia de la autoconsciencia, parece que un tema importante de la obra es que nuestra relación con lo espiritual, lo angélico, etc., dependen de este fenómeno *humano*. Ser *humanistas*, entonces, es una manera de darse cuenta del significado de la autoconsciencia como piedra de toque de nuestras intenciones y responsabilidades morales en *este mundo*; responsabilidades que Pullman quiere descargar de visiones religiosas cerradas.

Con pie en la obra de Pullman, se podría apuntar que la obsesión del “Magisterio” por el mal, el demonio, el infierno, es decir, por el pecado le lleva a acciones crueles e inicuas. En el fondo de todo esto se encuentra el *miedo o temor* en sus diversas motivaciones: miedo a la muerte, miedo al dolor, miedo a la mala suerte o desventura, miedo a lo que pueda revelarnos el conocimiento del mundo o de nosotros mismos, etc. En este sentido, la obra de Pullman, como ya anticipé, tiene un fuerte correlato con *Por qué no soy cristiano* de Bertrand Russell. Una tesis fundamental de este filósofo es, precisamente, que la Iglesia se ha basado en el culto al miedo y de allí se explicarían buena parte de sus reacciones arbitrarias y/o crueles.¹⁵

Pienso que la mencionada reacción de los católicos o cristianos, en la obra de Pullman que comento, dice mucho del carácter moral, cuando no espiritual, de estos creyentes. Recordemos que la obra de Pullman, y la búsqueda de continuidad fílmica para su trabajo, fueron saboteadas por católicos. Pero esto no es nuevo, siglos antes, la obra sobre religión natural del filósofo escocés David Hume, le costó a éste la posibilidad de un cargo académico.

Con base en la precitada obra de Dennett, creo que la obra de Pullman alienta a investigar qué tipo de “psicología” está detrás de las creencias en Dios. En la obra, me atrevería a asegurar que son estados en principio con valencias emocionales negativas los que subyacen. El miedo principalmente como lúcidamente ha entrevisto Russell. Recordemos, al efecto, que los profesores de Oxford y los sacerdotes despliegan acciones inicuas, como la de extirpar los daimonions de los niños, con base en un irreprimible miedo al “polvo” misterioso que no toca a los niños. En la obra hay una sugerente insistencia en la conexión del polvo con el pecado original. A este respecto se podría pensar que mucha gente, ante la proximidad del “pecado”, se vuelca a “creer en Dios”. Por ejemplo, esta conducta es magistralmente retratada por Luigi Pirandello en el relato *El avemaría de Bobbio*, un hombre que orgullosamente abraza el ateísmo, hasta que un insoportable dolor de muelas lo lleva a rezar el avemaría... No digo nada nuevo, pero tampoco falso, si recuerdo que la honda necesidad de sentirse “protegido” lleva a sostener la creencia religiosa. Esto es recordado por Max Brod en su biografía de Kafka. Esta biografía, criticada por algunos por volver un santón a Kafka, recuerda que el escritor checo hablaba de la imagen de alguien desprotegido en una noche tormentosa, siendo premiado, al final, por la venida de un carruaje en el que Dios le abría la portezuela.

En la mayoría de las versiones católicas, Dios, además, es una “persona”, como el bondadoso anciano de Kafka, o el decrepito viejecillo de Pullman: una “súper” persona que está “fuera de nosotros”, y una persona en general “masculina”. Su carácter de “súper persona” deviene, en el caso de Pullman, de un grado de “consciencia” superior, angélica, de ese Dios personalizado en un viejito que ha dejado el poder en manos del terrible y sensual Dios Metatrón.

La idea de un Dios represor del conocimiento y de la libre responsabilidad moral de los hombres es lo que lleva al ambicioso científico-religioso Asriel, padre de Lyra, a una lucha colosal contra Dios. Algún resabio de la “muerte de

Dios” de Nietzsche parece deambular en la materia oscura de Pullman. Asriel es un hombre que ha perdido la fe y el respeto por ese Dios debido a los entresijos malévolos con que el Magisterio maneja la vida en la tierra. Él está convencido que hay un correlato entre la malevolencia de la iglesia y la de Dios. En algún sentido, recuerda con ello al joven filósofo John Rawls. Me refiero al Rawls de sus tempranos escritos religiosos.¹⁶

Rawls dejará el vigor de sus creencias cristianas (de hecho en algún momento pensó en ser sacerdote) mientras vivía el horror de la segunda guerra (él combatió contra los japoneses). La muerte de un capellán al que él le había tomado gran afecto, el discurso de un superior en el sentido de que Dios estaba del lado de los aliados y no de los japoneses), junto a otros horrores posteriores como el holocausto, lo dejarán muy desalentado en términos de poder sostener el vigor de sus tempranas creencias religiosas.

En el *subtractum* de la declinación de la fe rawlsiana podría hallarse la perplejidad de cómo es posible, desde el punto de vista de la coherencia conceptual, tener un cuadro compatible entre un Dios bondadoso y súper poderoso, y un mundo en caída libre hacia el mal, inclusive hacia lo que Kant-Arendt, Berstein han denominado el “mal radical”. Por este tipo de motivos, aunque no solamente por ellos, los filósofos no católicos pensamos que el sustento de distinciones entre el bien y el mal no necesita, conceptualmente, depender de la postulación de la existencia de Dios como garante. Como dice Lyra en *El Catalejo Lacado*, “dejé de creer en Dios cuando me di cuenta que el bien y el mal no están fuera de nosotros, sino dentro nuestro”.

En la materia oscura de Pullman, los religiosos, por ejemplo esto es claro en el caso del Padre Gómez que está decidido a matar a Lyra por encarnar la “nueva Eva”. Él tiene una obsesión por el pecado y el mal. Una obsesión que se podría llamar enfermiza. Algo así, si se me permite, como lo que Williams James llamaba la “mentalidad enferma”¹⁷; aunque él la refería a un problema psicológico en ver “todo mal”, aquí se podría estirar para cubrir la enfermedad católica y su obsesión por el mal en sí. Los religiosos de Pullman han perdido el rumbo espiritual. Si sus mentes fueran más sanas deberían obsesionarse por la bondad y no por la maldad. Eso es lo que parecen transmitir esos “extraños y bondadosos seres” descritos en el *Catalejo Lacado* que viven en un mundo

paralelo en el que han aprendido a deslizarse a través de tocones de árboles; aprendizaje que les ha sido dado por una “serpiente”.

En la obra de Pullman, el “magisterio”, o sea, la Iglesia, ha perdido el rumbo por razones que traspasan la mentalidad enferma y que se enhebran con su dimensión ambición *política*. La obsesión de la Iglesia de la obra de Pullman por el poder, y por influir en la vida cívica pública, por *subordinar subrepticamente política a religión*¹⁸, han determinado que preste poca atención a la espiritualidad de sus creyentes, en este caso a la unión espiritual de los niños con sus daimonions. Los religiosos de la obra de Pullman no son frescos o alegres, bondadosos o curiosos de verdad por un genuino conocimiento científico, salvo el caso de Asriel y Lyra guiada nada menos que por un “aletiómetro”. Por el contrario, la obsesión por el pecado está presente en el magisterio y, durante buena parte de la obra, por la madre de Lyra, la Señora Coulter.

Como ya he indicado, la obra de Pullman es una crítica valiente y sin concesiones a la iglesia. Esto alcanza tanto al poder político ejercitado por la iglesia, al que se intenta derrocar mediante la instauración de una “feliz república libre del cielo”, como a la organización e influencia de la iglesia a nivel universitario.

No es extraño que el tipo de iglesia que cuestiona Pullman, sea el tipo de institución que defiende un católico como MacIntyre en *God, Philosophies, Universities: A selected history of the catholic philosophical tradition*.¹⁹ MacIntyre cree que las universidades, sobre todo las laicas norteamericanas, devotas en su mayoría de una filosofía acusadamente analítica, han perdido el norte esencial del conocimiento universitario. No son “uni-versidades” cuanto “multi-versidades”. Han olvidado los puentes que conectan o unen las diferentes disciplinas científicas. La universidad debiera ser una promotora de la “unidad” del conocimiento para responder así a la “unidad” del hombre; ambas unidades, en última instancia, descansarían, al menos para lo que a universidades católicas respecta, en la idea de un único Dios gobernante celestial del mundo.

Estoy de acuerdo con el diagnóstico de MacIntyre parcialmente. Creo, como él, que muchas universidades han propagado un conocimiento tan especializado del saber, que se ha perdido de vista una visión unitaria y global del conocimiento del mundo. Esto lo puedo apreciar, por ejemplo, en la formación de los jóvenes filósofos. Estos se entrenan en la especialidad de una disciplina y, en ocasiones

ni siquiera eso, sino en la especialidad de un tema. Sin embargo, no estoy convencido de que la búsqueda de una formación intelectual –y tampoco moral– necesiten presuponer la existencia de Dios. Cuando “Dios” mete la cuchara en la obra de Pullman, a través del Magisterio, la “libre” y “desprejuiciada” investigación científica es puesta en peligro.

A la luz de lo anterior, se podría barruntar que la obra de Pullman es un fuerte alegato a favor de la diferenciación entre religión y política. La religión, que debería ser un ritual sano y alegre, debe mantenerse en foro privado. Lo científico, en cambio, debería ser materia de regulación pública libre de religión.

La obra de Pullman parece tener una curiosa analogía con la idea de que en el ámbito público es más racional y razonable una idea de Dios como la que preconizaba Einstein, una idea que presupone la mirada maravillada del hombre ante los resabios de misterio del universo, misterios como el “polvo” de la obra; polvo que es denominado la “materia oscura”.

Quizás un corolario de filosofía política de la obra de Pullman sería abogar para que en la vida pública rigiesen *religiones sin Dios*. La obra podría ser la base para defender una nueva religión, de una religión sin Dios, tal como afirma en su obra póstuma Ronald Dworkin²⁰ o de una *common faith* como ha sostenido Dewey.²¹ Esto se desprendería prístinamente de la misma guerra que en la obra se libra contra Dios para matarlo, para destronarlo del reino inicuo que ha desplegado soterradamente Metatrón, aquel Dios que ha reemplazado al Dios anterior, ese Dios viejecito y decrepito que es destrozado por los monstruos de los “acantilados” en la obra de Pullman. Literalmente, la “república libre del cielo” que quiere construir Asriel, en otras palabras, sería un síntoma “liberal” de una religión sin Dios como la que estoy indicando.

En estas religiones “ateas”, (recordemos que el budismo es un tipo de religión así), lo que deberíamos propiciar y debatir es el rol de emociones positivas para la política. Justamente, en *Political Emotions. Why love matters for justice*, Martha Nussbaum²², defiende que una sociedad liberal decente requiere del robustecimiento de ciertas emociones como el amor y la compasión y yo agregaría, spinozianamente, de la emoción de la *alegría* por vivir en una democracia, más allá de todo lo insatisfechos que estemos. Se trataría así de otra forma de “espiritualidad”, una por la que bregaron hombres como Tagore, Ghandi o Luther King, una “religión de la humanidad”, diría un rousseauiano. Si

esto es darle un lugar al ateísmo en alguna de sus variantes en nuestras democracias constitucionales²³, entonces bienvenido sea ese lugar. Esto no debería llevar al anti catolicismo, pero sí a un catolicismo sano en lo privado, retraído en lo público²⁴ y a una religión de la humanidad para la vida pública.²⁵

Notas

Hugo Seleme, Andrés Crelier y Claudio Viale formularon varias críticas a una versión preliminar del trabajo. Los comentarios metodológicos de Luciana Samamé fueron decisivos para lograr la versión actual del artículo. Vaya para ellos mi agradecimiento.

1. Por ejemplo el *Carnegie Medal* y el *Memorial Astrid Lindgren*.

2. Edhasa, Buenos Aires, 2012.

3. Traducción de Felipe de Brigard, Katz, Buenos Aires, 2007.

4. Me baso en la edición española Zeta de Barcelona. *La Brújula Dorada* (Northen Lights. His Dark Materials) fue traducida al español por Roser Berdagué. *La Daga* (The subtle knife) por Dolors Gallart y el *Catalejo Lacado* (The amber spyglass) por Dolors Gallart y Camila Batlles.

5. La película, como desafortunadamente ocurre muchas veces que se lleva al cine una obra literaria no le hace justicia en modo alguno a la complejidad y profundidad de la obra de Pullman.

6. Pensemos, brevemente, para ver esto, en algunas obras de ellos. En el *Silmarillion*, Tolkien, muestra la creación del mundo de *Eä* por la obra de un Dios benevolente (Ilúvatar) y sus ayudantes; uno de ellos, Melkor, al igual que Lucifer, se rebela y empieza a desplegar una historia casi imparable de maldad; maldad que se refuerza cuando se cuela en emociones como la codicia, la envidia, la sed de poder desmedido, en elfos y hombres. Melkor, que luego pasará a llamarse Morgoth tiene un ayudante, un *maia*, llamado Sauron cuya historia es más popular merced a la mayor difusión del Señor de los anillos. En el caso de Lewis, el *león* de sus crónicas, es una simbolización de Cristo; recordemos como uno de los jóvenes que atraviesan el ropero, Edmund, es tentado por la bruja y se convierte en un Judas que traiciona a sus hermanos y al león. El león, en

cierto momento, es sacrificado sobre una piedra y sometido a un vil escarnio, como el que Cristo sufrió en la cruz. Pero el León resucitará, como Cristo, y Edmund será perdonado (o sea, Judas es aquí redimido).

7. De hecho, hay autores como Freitas y King que parecen sostener esta tesis sobre la obra de Pullman en el libro *Killing the imposter god*.

8. A esta afirmación se le podrían oponer relatos contrapuestos: Por ejemplo, *En el hombre que fue jueves*, Chesterton, un autor reconocidamente católico, muestra que las intrigas y juegos de espías suscitados por presuntos movimientos anarquistas es una pura apariencia. Al final del texto, los agentes reclutados para desmotar el complot anarquista, se encuentran con Domingo, el jefe de esa policía, que no es otro que un *alter ego* de Dios, para terminar de advertir que siempre hubo orden y que el complot era una ilusión. Pullman alguna vez ha dicho el espanto y repulsión que le provocan los cuadros de santos mugrientos y desdentados, lacerados y sufrientes, que miran con cara de arrebatado o idiotismo el cielo. Pues bien, en una obra como *San Juan el Hospitalario*, Flaubert, muestra el camino de redención de un hombre acosado de mugre y purulencias, para terminar sanado en un abrazo a Cristo. Algo semejante, ocurre en *El hombre que quería curarse* de Buzzati, donde un leproso, tras años de purificación espiritual y fe logra curarse pero que, al producirse el desenlace de la obra, justo cuando se le ofrece la visión de la ciudad en la que antes de entrar al leprosario había vivido, decide quedarse a vivir allí con sus hermanos leprosos. Y, por último, en contra de la imagen de un Dios vengativo, cruel, arbitrario, de un verdadero villano como ocurre en la obra de Pullman, en *Los santos*, también de Buzzati, Dios es simbolizado como un gran y plácido mar al que balconean las casitas de todos los santos premiados con la posibilidad real y cotidiana de observarlo.

9. El hecho de que el protagonista estelar de la obra sea una niña ha llevado a muchos a calificar esta obra como de excelente literatura infantil (de hecho el autor ganó el Astrid Lindgren). Sin embargo, el hecho de que en la obra aparezcan niños no implica que sea una obra infantil: al contrario, sus temas y abordajes son, en mi opinión, extraordinariamente adultos.

10. La obra de Pullman muestra el fuerte correlato entre la materia y el surgimiento de la intención o la consciencia. Por algunas de sus declaraciones,

su teoría de la mente pareciera materialista e, inclusive, acercarse a alguna variante de “pansiquismo”.

11. En el cuento de Pirandello, *El Vechio Dio*, hay una imagen semejante de Dios.

12. El hecho de haber dejado de ser “monja” la vuelve más desprejuiciada, según el propio relato de Pullman.

13. Algo que ciertamente no es, por lo cual aquí no tengo que acometer la tarea de indagar en un problema complejo como el de si una obra inmoral cuenta como buena obra de arte.

14. Mi argumento sobre los daños apreciables y constatables producidos por el catolicismo, no se desmerece si admito que el catolicismo pretende ser una religión “universal” que, como tal, se torna “plástica” para adaptarse a “diferentes culturas”, lo cual explicaría vertientes tan disímiles como la del *Opus Dei* o la corriente de teólogos de la liberación.

15. No está de más recordar que esta obra, junto a libres opiniones del filósofo británico, explica el boicot que sufrió su designación en la Universidad de la Ciudad de Nueva York en un proceso judicial, y comunicacional vergonzante. Un amplio grupo de católicos presionó eficazmente para que la Universidad cancelara la designación de Russell, aduciéndose razones irrisorias como que el filósofo era extranjero y no podía por ello aspirar al cargo (Maritain, al contrario, era extranjero y sí había sido nombrado profesor en otra universidad americana) y también al no menos risible argumento de que la universidad debía –algo que era facultativo y no obligatorio- tomar un examen de “competencia” a Russell que, a la sazón, era ya un viejo filósofo sumamente reconocido y prestigiado por su labor académica y su valentía cívica.

16. Rawls, John. *Consideraciones sobre el significado del pecado y la fe. Sobre mi religión*. Traducción de Ferrar Ortí, Textos compilados por Thomas Nagel. Paidós Básica, Madrid, 2010.

17. Distinguida de las “almas sanas” y de las de los “nacidos dos veces o redimidos”. Véase James, Williams. *The varieties of religious experience. A study in human nature*. 2013; versión electrónica en <http://www2.hn.psu.edu/faculty/jmanis/wjames/varieties-rel-exp.pdf> Un filósofo ampliamente influido por la lectura de *Varietades de la Experiencia Religiosa*, fue Wittgenstein, al parecer un “alma enferma” que, paradójicamente criticaba la defectuosa psicología

Jamesiana, pero alababa *Variedades*, una obra explícitamente psicológica. Wittgenstein llegó a decir que James era un “gran hombre” y por eso ¡era un gran filósofo! Véase Drury, M.O’C., “Conversaciones con Wittgenstein”, en R. Rhees, *Recuerdos de Wittgenstein*, trad. Rafael Vargas, Fondo de Cultura Económica, México, 1989, pp. 181-182. Véase también Sanfélix Vidarte, Vicente. “Un alma enferma. La experiencia religiosa de Wittgenstein a la luz de Las variedades de la experiencia religiosa de William James”, *Dianoia*, LII, N° . 59, 2007, pp. 67-96.

18. Habría una diferencia importante del catolicismo con la evolución de la *religión anglicana*. Ésta ha sido un ejemplo de *subordinación de la religión a la política*, además del hecho de que se ha moldeado como una postura elástica, variable históricamente y reajutable en función de objetivos políticos más que teológicos o religiosos. Véase Aranguren, José. Luis. “Religión y política: anglicanismo”, *Revista de Estudios políticos*, 37-38, 1948, pp. 125-145.

19. Lanham, Maryland. Rowman and Littlefield Publishers, 2009.

20. *Religion without God*, Harvard, Harvard University Press, 2013.

21. Dewey, John. *A Common Faith, Introduction by Thomas Alexander*, New Haven-London, Yale University Press, 2013.

22. Harvard, Harvard University Press, 2013.

23. Alegre, Marcelo. “Laicismo, Ateísmo y Democracia”, Borrador Manuscrito, 2012. Se encuentra en http://www.law.yale.edu/documents/pdf/sela/SELA12_Alegre_CV_Sp_20120507.pdf

24. La retracción del catolicismo a lo privado no es, por supuesto, una tesis original, aunque en un país como el nuestro en que la iglesia pretende incidir e incide en las instituciones con argumentos religiosos muy problemáticos, pensemos sólo en la reciente influencia en la redacción del nuevo código civil y su triunfo en sacar de agenda la maternidad subrogada, vale la pena insistir una y otra vez en que tal actitud es políticamente problemática en términos de un diseño liberal. Como ha mostrado Claudio Viale en autores como James y Rorty, más allá de sus diferencias señaladas por Viale, también se encuentran fundamentos para “privatizar” la religión. Viale, Claudio. “Consequences of Lutheranism: James and Rorty on the Sacred”, *Cognitio*, 2014, forthcoming.

25. En contra de mi postura debería citarse, por ejemplo, a filósofos que piensan que el liberalismo político, que fue originado en una matriz religiosa, concretamente en el luteranismo, es en el fondo un *protestantismo vacío*

construido exclusivamente sobre el principio de *autonomía como no interferencia* y protegido por el *principio de no daño* de Mill. Estos filósofos argumentarían que el concepto de autonomía del liberalismo, clásicamente libertad negativa, es un concepto *amoral*; que permite casos de agencia autónoma que son claramente *inmorales*. Según esta crítica, esto no es verdadera libertad. Una consideración *cristiana* de la libertad la vincularía al concepto de *floreCIMIENTO*. La idea de autonomía qua florecimiento pasaría a ser *moral* en tanto la agencia se vincularía con *bienes objetivamente válidos*. En mi opinión, esta postura, sin embargo, seguiría manteniendo la incompatibilidad entre un diseño liberal y el cristianismo así entendido. Aun admitiendo variantes no neutralistas o moderadamente perfeccionistas dentro del liberalismo, ningún liberal aceptaría que estos bienes objetivamente válidos estén impregnados de una concepción religiosa que parta de la existencia de Dios como garante de objetividad moral. Véase Groarke, Louis. "What is Freedom? Why christianity and theoretical liberalism cannot be reconciled?", *Hey J*, XLVII, 2006, p

